

¿Sin palabras?/ Gustavo Gutiérrez

*A Vanessa, la niña herida en Miraflores,
que hoy domingo cumple cinco años.*

Frente a los horribles hechos de estos días en diversos lugares del país y de la ciudad de Lima, se dice con frecuencia que no hay palabras para expresar la reacción que dichos crímenes provocan. Es cierto, todos lo hemos experimentado en este tiempo, el lenguaje queda corto ante tanta insania y crueldad (*).

UNA SITUACION INTOLERABLE

Las palabras vehiculan normalmente una comprensión mínima y una racionalidad elemental de la situación que lleva a pronunciarlas. Los atentados de este tiempo son inentendibles e irracionales, por ello dinamitan también ese medio de comunicación entre los seres humanos que es el lenguaje. No se comprende, no se puede comprender, el asesinato indiscriminado y bárbaro de inocentes (no se entiende ningún asesinato) que no respeta ni a los niños, como tampoco la voluntad de dejar una ciudad (y un país) en escombros. No atinamos, por eso, a encontrar las palabras apropiadas para calificar los hechos. Que lo queramos o no, enmudecemos al ver tanta demencia.

Para no hablar sino de los casos más recientes, todos tenemos ante los ojos -lastimando retinas y corazones- las imágenes de lo que sucede entre nosotros. Como ese padre de familia gritando angustiado el nombre de su hijo frente a uno de los edificios destruidos en Miraflores. Esta cruel y tierna escena se convierte en simbólica del dolor impotente y el descon-

(*) Este texto fue publicado en el diario *La República*, Lima, 26 de julio de 1992.

cierto paralizante de un pueblo que no sabe por qué ni por dónde será atacado.

Simbólica resulta asimismo la imagen proveniente de la, por muchas razones, entrañable Villa El Salvador que nos hacía vivir el sufrimiento y la desesperación de un hombre más bien joven al ver aniquilado lo que debe haber sido su puesto de vendedor callejero. Palos, maderas, calaminas, pobres mercaderías, todo destrozado y por tierra; en este caso no hubo ni siquiera una palabra, quizá pronunció un lamento que el micrófono no captó. Con la inigualable fuerza expresiva del cine mudo, el rostro, el movimiento de los brazos y el caminar sin rumbo fijo del afectado decían su pena desgarradora. Lo había perdido todo. El y los suyos se veían lanzados a la mendicidad o al gesto desesperado. El poder destructivo y el ruido de las explosiones impide oír lo que se dice, las palabras vuelan también por el aire, y ello engendra la lacerante sensación de querer hablar y no poder hacerlo. El silencio de este hombre decía lo que tenía que decir: no hay palabras.

Pero hay más. El lenguaje es corroído asimismo desde el interior cuando es usado para engañar y falsear la realidad, sobre todo si esto se hace desde altas instancias políticas y económicas, judiciales y morales del país. Cuando se emplea para dar y retirar, prometer y olvidar, desvalijar a un pueblo y gritar ¡al ladrón!, hablar de justicia social e insultar a los pobres con un lujo desmedido, negar derechos y entregar limosnas, decir que se combate el terrorismo y hacer en la práctica lo posible para reforzarlo, declarar que se defiende el orden y alimentar las causas profundas del desorden, simular que no se entra en el campo de la política y hacerla en forma descarada. Las mentiras sociales, el constante ir y venir carcomen el valor de las palabras haciendo que se caigan a pedazos. Este tipo de corrupción, aplicado -en ciertos casos- con precisión estudiada y dedicación tenaz, agregan a la muerte y al miedo que ocasiona el terrorismo cruento, la división entre peruanos. Se debilita así la vida en sociedad y se impide que ésta responda a los enormes problemas que enfrentamos.

EL TIEMPO SE ACABA

El resultado de todo esto será que nos convirtamos en entes insulares con vanos anhelos de autosuficiencia. Es algo que deberíamos evitar a toda costa; pero si esa situación llegara no habría convivencia humana posible, ni país viable. A la fuga hacia afuera de tantos peruanos se añadiría entonces -el proceso ya comenzó- la huída hacia adentro, el repliegue infencundo e iluso.

El horror que vuelve taciturno y la falsedad que desgasta el lenguaje son a la vez efecto y causa del miedo cerval y la desconfianza radical que

avanzan incontenibles en el país. Ambos dejan desamparada a la sociedad, en particular a aquellos -la inmensa mayoría- que tienen poca o no poseen ninguna posibilidad de mitigar el desastre o de escapar de él. El silencio apesadumbrado o la frase sin contacto con una realidad ininteligible son la última palabra dirigida a otros; ella revela una racionalidad herida de muerte y una comunicación fracturada.

Sin lugar a dudas atravesamos una grave crisis, de una hondura tal que, aunque parezca duro de aceptar, todavía no toca fondo. Es un momento en el que -para decirlo en términos vallejanos- la resaca de todo lo vivido y sufrido en nuestra historia se ha empozado en el alma nacional. En ese charco nos encontramos hoy. La pobreza secular de nuestro pueblo, la dolorosa injusticia que padece, la humillación de las razas indígena y negra, el desprecio por su universo cultural, la convicción sin asomo de duda de que en el país unos han nacido para mandar y otros para servir, la ceguera inaudita de quienes gozan de privilegios, el torpe y arrogante egoísmo de unos cuantos, no ha permitido que terminemos de constituimos como nación. Es decir, según la palabra lo indica, como una tierra en la que las personas reconozcan haber nacido, crezcan y vean respetados sus derechos más vitales y elementales. Nuestra inmadurez como nación nos hace difícil afrontar con eficacia los retos actuales, nos estamos más bien quebrando ante su virulencia.

No era necesario ser muy previsor para ver el carácter explosivo de esa situación y anunciar el caos social a que ello nos conduciría. A los pensadores, políticos, dirigentes populares y otros que desde décadas atrás se atrevieron a decirlo se les insultó, proscribió, e incluso eliminó físicamente, para después -en algunos casos- considerarlos, con cinismo, figuras señeras de la peruanidad. De acuerdo con esa miope actitud señalar los problemas y los conflictos existentes es sinónimo de crearlos desde la nada, decir abiertamente que el desprecio por las personas y la injusticia social crean resentimientos profundos y destructores sería fomentar estos últimos. Dicha reacción es otra forma de demencia que aún persiste, y que, para decirlo con toda claridad y más allá de las intenciones, en la urgencia actual también mata, porque traba toda auténtica solución y no permite desecharla con autoridad moral el empleo de la violencia como pretendido medio de cambio social.

En un texto temprano, en 1958, los obispos del Perú llamaron ya la atención sobre el asunto. Las conferencias episcopales latinoamericanas de Medellín y Puebla, así como los numerosos discursos de Juan Pablo II han advertido que la causa profunda de lo que ocurre entre nosotros está en la miseria y la injusticia en que vive la inmensa mayoría de la población del continente. Los obispos del Perú lo han recordado en un importante texto de hace un mes llamado "Un nuevo Perú, tarea de todos". En estos

mismos días, ello ha sido reiterado por Mons. José Dammert, presidente de la conferencia episcopal y Mons. Augusto Vargas Alzamora, arzobispo de Lima.

No intentamos establecer una mecánica relación de causa y efecto entre la inhumana y creciente pobreza que vive la gran mayoría de nuestro pueblo y el atroz terrorismo que soportamos. Eso sería esquematizar las cosas. Los hechos complejos -y la violencia presente lo es- no tienen razones simples, muchos otros factores ideológicos y políticos de distinto orden han favorecido el surgimiento del mesianismo autoritario que asesina despiadadamente. Será necesario tener todos ellos en cuenta si queremos superar este terrible momento. Pero es necesario recordar la gravedad de la pobreza porque sin ella los otros factores no tendrían la fuerza que hoy poseen. Lo que sucede es que reconocer esta vertiente lleva a cambios radicales en el país y en nuestro modo de comprenderlo; por eso algunos prefieren soslayarla, o desprestigiarla como ideológica. Esfuerzo inútil que no oculta la realidad, ni la aceptación -consciente o inconsciente- de la destrucción presente que ello implica.

Pero ¿estamos sólo ante un momento tormentoso de la vida del país, un mal rato llamado a pasar sin dejar una importante huella histórica? ¿O hemos entrado en un proceso -en un retroceso- irreversible? ¿Hemos alcanzado un punto de no retorno en la vida nacional? Algunos lo temen, y debemos admitir que no les faltan razones para pensarlo. Estiman que lo destruido en estos años no sólo en personas y cosas, sino también en proyectos, en organización y en ánimo es demasiado grande para que pueda ser rehecho. A lo sumo quedaría hacer más lenta la caída. Las noticias que llegan acerca de la inquietud que la situación del Perú produce en los países vecinos, y de las increíbles consecuencias que eso puede traer, abona desgraciadamente en ese sentido. El tiempo parece agotarse, lo que antes se contaba en años hoy debe medirse en semanas, los meses se han convertido en días y las semanas en horas.

RECUPERAR LA PALABRA

Una de las más trágicas consecuencias de lo que vivimos al presente es el escepticismo que produce acerca de las posibilidades de construir un país distinto. Muchos de los que adoptan -resignados o con sentimientos de culpa- esa postura trabajaron con empeño en este sentido por largo tiempo. Hoy les parece inútil continuar. Su conocimiento de la realidad peruana y la experiencia acumulada en el esfuerzo de construir relaciones sociales más humanas y justas se vuelcan sobre ellos mismos o se expresan en estudios que comienzan a perderse como aguas en el mar de nuestros problemas, sin mordiente sobre una situación intolerable para la ma-

yoría de nuestra población. Es necesario revitalizar entre ellos el proyecto -la utopía- de un país digno y justo, no podemos darnos el lujo de perder el aporte de esa franja de nuestra sociedad.

No es sencillo en las circunstancias recordadas mantener la esperanza de un cambio. Es incluso riesgoso como lo prueban las amenazas y los asesinatos de los que algunos han sido objeto. Difícil también canalizar esa esperanza en proyectos viables y eficaces, en compromiso diario. Sin embargo, no hay otra salida. Pero esto requiere no sólo revertir lo peor del momento, sino empezar a crear condiciones distintas de convivencia social y democrática. Dar lugar a un diálogo plural, sin cortapisas, y realmente atento a las posiciones de otros. Unión nacional sí, pero no sólo para combatir la barbarie terrorista, sino también para desterrar la represión indiscriminada e impune, y sobre todo en vistas a atacar la raíz de nuestros males. Lo que importa es construir una sociedad en la que los derechos de todos a la vida y a la libertad sean respetados. Está claro que únicamente la autoridad moral que da la verdad y la honestidad pueden arrinconar la violencia demencial. Este es el requisito indispensable a toda propuesta concreta de solución. De solución global a un problema que terca -y ciegamente- hay quienes se empeñan por ver simplemente en el ámbito militar.

Para ello es necesario dejar la mudez y pronunciar la palabra oportuna y eficaz. El domingo pasado los vecinos de Miraflores salieron a la calle en número impresionante a expresar -no sin coraje- su repudio por lo sucedido en la calle Tarata y para decir su cercanía a las víctimas. Poco acostumbrados a estos trajines y agobiados por lo sucedido tres días antes marchaban casi sin hablar. De repente -hacia el final- aparecieron a paso firme escalones procedentes de Villa El Salvador y de Surco con banderolas, entradores y vivaces. Al grito de "Miraflores amigo, estamos contigo", los sectores populares realizaron una verdadera toma de la palabra en las calles del residencial distrito. Gesto real de solidaridad y por eso mismo cargado de valor simbólico, rechazo del silencio al que la violencia criminal y la mentira quieren condenar a un pueblo, superación de prejuicios y expresión también de la conjunción de fuerzas necesaria para quienes se han propuesto destruir el país con el crimen y el engaño. El aire algo triste, incluso mustio, de los mirafloresinos desapareció; la alegría y el vigor de quienes creen que es posible transformar las cosas, y que hace tiempo combaten por la justicia, los entonó, los hizo sonreír e incorporarse a la marcha para dar una segunda vuelta al parque. Habían comenzado a descubrir compatriotas en rostros que siempre les parecieron lejanos y que tal vez les inspiraban recelos.

Pero no nos engañemos, si lo ocurrido esa mañana no se convierte en una pauta de conducta en el tiempo que viene no pasará de ser un simpá-

tico recuerdo. Lo peor que podría suceder es que más tarde volviese a nuestra mente con una nota de nostalgia; es decir, de fijación al pasado y no como una memoria creadora porque no supimos construir un futuro digno y justo. Esa entrada amiga, en el corazón de una ciudad que siempre vivió de espaldas a la realidad nacional, era hecha por los representantes de ese Perú profundo, marginado y provinciano, cuyo sufrimiento ha sido tan difícil de comprender en algunos barrios capitalinos hasta este momento en que la violencia los golpea de la misma manera. Era un llamado a la fraternidad y a la paz que suponen la construcción de la justicia.

Para ello debemos evitar falsas soluciones como la de instaurar la pena de muerte. Se comprende perfectamente que los crímenes sin nombre a los que asistimos hagan clamar por ella. Pero ésta no será -como tantas otras en este tiempo- sino una medida espectacular con la que ciertas personas se creerán inicialmente protegidas, hasta que algún hecho más grave que los presenciados haga ver la ilusión en que cayeron. Hay razones de peso para decir que se trata de algo absolutamente ineficaz que distrae de lo que realmente debe ser enfrentado, y que añade más resentimiento, odio y muerte a un país ya tan golpeado. Recordémoslo una vez más, aunque las emociones de estos días hagan difícil entenderlo, no hay muertos ajenos en el país. Todos son nuestros, pobladores, dirigentes populares, ciudadanos comunes, miembros de la fuerzas armadas, terroristas. Todos son nuestros compatriotas, pese a lo que nos cuesta hoy llamar así a alguno de ellos. Todos son desde un punto de vista cristiano hijas e hijos de Dios, lo recordó con fuerza Mons. Augusto Vargas en la misa del viernes pasado por las víctimas de estos días. Comprendiendo el reclamo por la pena de muerte debemos decir, por todo eso, que ella es ineficaz y contraproducente.

El país se halla atenazado entre la destrucción desenfrenada y la mendacidad que ha corroído la credibilidad entre peruanos. Debemos "desempozar" el alma nacional de lo que vivimos desde hace tiempo, y que se ha agravado en estos días. Que en medio de los golpes que parecen descargados por "el odio de Dios" como diría Vallejo, sepamos reaccionar como seres humanos que buscan y quieren la justicia para todos y dar como cristianos, con audacia e imaginación, testimonio de su amor y de su voluntad de vida.

¿Sin palabras? En la medida en que nos calleemos, sí. Los que creemos en la Palabra hecha carne, estamos motivados y obligados a encontrar las palabras que anuncien con eficacia histórica su mensaje de amor por todos.

Víctimas, mártires, testigos.

Derechos Humanos: desafío a los cristianos/
Felipe Zegarra R.

Cuando comienzo a escribir estas líneas, Lima, ciudad de siete millones de habitantes, capital del Perú, acaba de recordar 171 años de la proclamación de la Independencia nacional, en un clima de dolor, de incertidumbre, de temor difícilmente expresables. Sendero Luminoso, el movimiento terrorista más sanguinario del continente, ha acentuado gravemente su actuación: coches-bomba en diferentes barrios de la gran ciudad, edificios destruidos, decenas de víctimas de diferentes condiciones sociales y económicas, centenares de heridos entre vecinos de esos barrios y transeúntes ocasionales. Por otro lado, en una reacción cargada de emotividad, un sector significativo de la opinión pública reclama, a gritos y hasta con grandes palabras, medidas como la pena de muerte, que el gobierno inconstitucional parece dispuesto a conceder. No hay aquí lugar para el optimismo, pues la violencia interactúa, hace muchos años, con una pobreza extrema y una profunda crisis institucional. Pero la esperanza no ha desaparecido.

"La fe es garantía de lo que se espera; prueba de las realidades que no se ven. Por ella fueron alabados nuestros mayores" (Hebreos 11,1-2).

Algo de eso ocurre con nosotros, los habitantes de este complejo país. "No se ve", no se vislumbra, una salida a la difícil situación que mella la dignidad de veintidós millones de personas. Por eso, hasta la muy extendida costumbre de hacer fiesta se torna infrecuente. Los rostros expresan preocupación y angustia. Las conversaciones giran sobre los mismos temas, y no son pocos los que sueñan con migrar, no ya en búsqueda de mejores oportunidades, sino simplemente para encontrar tranquilidad. Lo que empezó en 1980 en Ayacucho y provincias vecinas ha llegado, con golpes feroces, a invadir la vida más íntima de quienes moran en el Perú.

Puebla hizo, en 1979, afirmaciones muy fuertes que, siendo ciertas, no parecían tener plena vigencia en este territorio: "Países como los nuestros en donde con frecuencia no se respetan los derechos humanos fundamentales... están en situación de permanente violación de la dignidad de la persona" (n. 41). Quienes conocían la realidad latinoamericana evocaban, al leer párrafos como éste, situaciones internas de efectiva gravedad; pero su atención se orientaba más bien hacia otros países hermanos: Guatemala, con su imparable etnocidio; Brasil, Argentina, Chile, Uruguay, donde gobiernos militares abiertamente dictatoriales habían optado por la Doctrina de la Seguridad Nacional, con "represión sistemática..., apremios desproporcionados, torturas, exilios, desaparecidos innumerables" (Puebla, N° 42).

Ahora, el panorama ha cambiado drásticamente. Ciertas formas democráticas ganaron terreno y, con algunas sombras, predominan ampliamente en toda América. Pero en el Perú el terrorismo, especialmente el practicado por los seguidores de Abimael Guzmán, y una estrategia antisubversiva que se modifica constantemente sin llegar nunca a ser certera y racional, han generado una larga etapa de zozobra sin precedentes.

Las estadísticas, aunque siempre aparecen desfasadas de la realidad, no dejan de ser indicativas. Así, los datos de la Comisión especial del Senado para la Investigación y Estudio sobre la Violencia y Alternativas de Pacificación llegan hasta diciembre de 1991. Para los 11 años, siete meses y 17 días transcurridos desde el 14 de mayo de 1980, cuando Sendero Luminoso se manifestó violentamente por primera vez, se cuentan 20,206 atentados, 22,443 víctimas y 2,505 desaparecidos (cuadros Nos. 3, 10 y 14 respectivamente). A ello habría que agregar un número altísimo de "desplazados", migrantes forzados por la violencia política, y

muchas otras "categorías" de personas afectadas. Pero aún hay más: y es que la contundencia de la violencia creció en los últimos años, y lo ha hecho aún más intensamente después del 5 de abril de 1,992, cuando el Presidente Alberto Fujimori encabezó un golpe de Estado que ha exacerbado la situación. Hoy es muy difícil encontrar en el Perú a alguien que no haya sufrido de cerca las manifestaciones de este constante atropello a la condición humana.

En un país tan golpeado por la pobreza y la ausencia de estrategias adecuadas para salir de ella, en un país que cada vez parece más "inviabile", las pérdidas económicas ocasionadas por la violencia política son ciertamente muy serias. Pero sin duda lo más grave es la pérdida de vidas.

Respecto a quienes han caído en estos años, lo primero que hay que hacer es reafirmar la expresión de Gustavo Gutiérrez, el muy conocido sacerdote y teólogo peruano: "no hay muertos ajenos". Campesinos serranos, amas de casa de los barrios residenciales, dirigentes populares, profesionales destacados, policías, estudiantes pobres o de clase media, militares, autoridades municipales, fieles evangélicos, religiosos, laicos comprometidos, empresarios o simples pobladores... todos ellos son nuestros muertos, y su recuerdo, al mismo tiempo que cuestiona a fondo el sentido de nuestra existencia, moviliza nuestro compromiso de fraternidad.

Para hacer memoria de ellos, es fundamental comenzar por *las víctimas anónimas* o, más exactamente, carentes de notoriedad. Más allá de sus costumbres o de sus prácticas, socialmente diferentes, pero seguramente muy diversas, ellos son millares, y su muerte ha golpeado íntimamente a muchos más. ¿Qué los llevó a la muerte? "In extremis", algunos eran tenidos como violadores de los derechos humanos de otros; mientras que no pocos enfrentaron cotidianamente a la violencia y sus autores, y ello hizo que Sendero Luminoso los acusara de "soplones" o delatores, o que las fuerzas antsubversivas los consideraran terroristas. Pero la gran mayoría, hay que decirlo así, no hizo nada: fueron víctimas casuales. Murieron sin saber por qué.

Ya son muchos los que, entre las víctimas, participaban en grupos organizados, y hasta trabajaban en proyectos alternativos. Bárbara d'Achille, ecologista incansable, y Javier Puiggrós, agrónomo y dirigente político, buscaban con otros caminos para pacificar el país. Saúl Cantoral, dirigente, y Consuelo García, promotora de solidaridad con los mineros, fueron asesinados cuando construían soluciones para su sector. Juana López, coordinadora de un comedor popular; Fortunato Collazos, dirigente en un Pueblo Joven y su vecino Alfredo Aguilar, sólo alcanzaron notoriedad al ser asesinados.

Alfredo Aguirre nos lleva a preguntarnos cuántos de los victimados pueden ser considerados, si no mártires de la fe (?) *mártires de la*

solidaridad y del amor. Clamando "si es contra mi vecino, también es contra mí", salió en defensa de Fortunato Collazos, sin medir el riesgo, y encontró así la muerte. Su grito remueve nuestras entrañas, sacude lo que en cada uno de nosotros hay de indiferencia: "Muerto, habla todavía" (Hebreos 11,4). Jorge Cerrón, estudiante, laico comprometido, promotor de paz, escribió días antes de ser asesinado que "las balas no matan los ideales"; sus victimarios lo acusaron de "difundir una doctrina social barata", reconociéndolo así expresamente como testigo del Evangelio y propagador de la doctrina social de la Iglesia entre los campesinos del valle del Mantaro. María Elena Moyano, pobladora que, animada por el Evangelio se hizo promotora, dirigente barrial y femenina y finalmente regidora en Villa El Salvador, confirmó hasta el fin, con los hechos, su promesa de seguir "luchando por la paz con justicia social"; la magnanimidad de su entrega agranda el eco de su grito póstumamente publicado: "¡Viva la Vida!". Ellos, y muchos más, rechazaron falsas apariencias de bienestar y libertad "por conseguir una resurrección mejor" (Hebreos 11.35).

En el Perú es significativo que, entre los agentes pastorales ultimados por la violencia, haya muchos que vinieron desde lejos. Nuestra Iglesia no podrá olvidar a Michel Tomaszek ni a Zbigniew Strzalkowski, franciscanos polacos, ni al sacerdote italiano Alessandro Dordi. Irene Mc Cormack, religiosa australiana, se arrodilló para rezar antes de morir en compañía de cuatro campesinos de Huasa-Huasi, en la sierra central. Les abrió el camino Agustina Rivas, nacida en Ayacucho, religiosa del Buen Pastor, ya septuagenaria; como Jesús, ella no pensó en su propia muerte, sino que abrió su corazón a sus vecinos e intercedió por ellos: "¡Son personas que no han hecho daño a nadie!"; como a Jesús (ver Mateo 27,43), sus verdugos le dijeron: "Que a ti te salve tu Dios".

"¡Faltos de todo; oprimidos y maltratados; gentes de las que no era digno el mundo!" (Hebreos 11,37s.), pero "Dios no se avergüenza de ellos, de ser llamado Dios suyo" (Hebreos 11,16).

Muy cerca de los mártires, debemos recordar a *los testigos*, es decir, a quienes han dedicado su vida y su trabajo a la defensa de los derechos humanos y a la construcción cotidiana de la paz. Su esfuerzo es muchas veces distorsionado y su camino sembrado de obstáculos (ver Juan 16,2). Pienso en una vendedora de pescado, sencilla madre de muchos hijos, comprometida ya hace muchos años en el trabajo de la pastoral de dignidad humana, a la que sus colegas de un barrio del Callao acusan de terrorista precisamente porque se preocupa por los derechos humanos. Es que ya no estamos en 1948, sino que en los países centrales el Estado ya abandonó

la moda de los derechos humanos, mientras que en nuestros pobres países las mayorías nunca llegaron a asumirlos como reales y como suyos. Al contrario, los sucesivos gobernantes y sus propagandistas, incomodados en sus rutinas, aprovechan todas las tribunas para lanzar sospechas y amenazas contra personas y organismos que defienden la dignidad de esas mismas mayorías. En medio de esta nefasta e incesante campaña, el Dr. Augusto Zúñiga, director del departamento legal de COMISEDH, fue gravemente lesionado por una carta-bomba. Resuena la expresión de su firme voluntad: "Podrán volarme el brazo, pero no podrán volarme la voluntad de defender los derechos humanos". Como ellos, hay gente que prefiere "ser maltratado con el pueblo de Dios a disfrutar del efímero goce del pecado", del egoísmo y de la pasividad (Hebreos 11,25).

II

"Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el pionero y consumidor de la fe" (Hebreos 12,1-2).

Precisamente ahora, cuando se apagan los ecos de la preocupación estatal por los derechos humanos, y cuando en el Perú se multiplican las víctimas, los mártires y los testigos, la Iglesia, lejos de desfallecer por falta de ánimo (ver Hebreos 12,3) debe redoblar su esfuerzo en favor de la dignidad de cada persona humana, y preferentemente por la de los más pobres (ver Puebla, IV Parte, caps. 1 y 4). En vísperas de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, ella ha de "continuar su misión de fe y de defensa de los derechos humanos" (S.S. Juan Pablo II, Homilía en la Primera Misa en América Latina, Santo Domingo, 25.I.1979). En muchos países de este continente, la acompaña y anima a ello una "gran nube de testigos".

La historia moderna de los derechos humanos comienza no en la Francia anticlerical de 1789, sino en las 13 colonias británicas de la costa Este de América del Norte. en 1776, bajo cierta influencia cristiana explícita. La proclamación de *la libertad*, restringida en sus orígenes a varones, propietarios, de origen europeo, ha ido generalizándose sin llegar todavía a ser una realidad para todos: mujeres y niños, trabajadores, de diferentes etnias y razas. El siglo XIX y los comienzos del siglo XX aportaron, como lo acaba de recordar la "Centesimus Annus" (ns. 3 y 16; ver "Laborem Exercens" n. 8), su aspiración y preocupación por *la justicia*, hoy tan duramente amenazada. Una "tercera generación" de derechos se abre paso,

después de la Gran Guerra, cuando empiezan los procesos emancipatorios de Asia y África, y aún de algunos pequeños territorios de la América Latina: se trata del derecho *al desarrollo* y *a la participación*, alentada ésta por una práctica de reciprocidad que resiste en los antiguos núcleos culturales. Actualmente, los "sujetos" o "portadores" de los derechos humanos son otros: los movimientos sociales de mujeres, ecologistas, activistas de la no-violencia, minorías étnicas, etc.

El Papa Juan XXIII, de venerada memoria, que siendo obispo había prestado su apoyo personal a la elaboración de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, afirmó solemnemente la importancia histórica de este documento en su encíclica "Pacem in Terris", cuando estaba ya próximo a la muerte (1963): "Creemos que esta Declaración se ha de considerar como un primer paso e introducción hacia la organización jurídico-política de la Comunidad Mundial" (n. 144); "ojalá venga cuanto antes el tiempo en que la ONU pueda garantizar eficazmente los derechos del hombre" (n. 145). Al mismo tiempo, llamó a "todos los hombres de buena voluntad" al esfuerzo de "restablecer las relaciones de convivencia basándose en la verdad, en la justicia, en el amor, en la libertad" (n. 163), es decir, en los "viejos" valores bíblicos, proclamados por los profetas, invocados por los salmistas, y confirmados por Jesús (ver Mateo 23, 23; y sobre todo Juan 1, 14.16s.). Al abrirse a estos "valores espirituales", personas y comunidades "se encuentran en el camino que los lleva a conocer mejor al Dios verdadero" (n. 45).

Desde entonces, el reconocimiento de los Derechos Humanos ha sido reiterado con insistencia por el magisterio de la Iglesia y ha marcado las preocupaciones pastorales de un gran número de discípulos de Jesús. El Concilio Vaticano II discernió la presencia de Dios en este movimiento: "El Espíritu de Dios, que con admirable providencia guía el curso de los tiempos y renueva la faz de la tierra, no es ajeno a esta evolución. Y, por su parte, el fermento evangélico ha despertado y despierta en el corazón del hombre esta irrefrenable exigencia de dignidad" (Constitución "Gaudium et Spes", n. 26; ver n. 41). Una preocupación expresada por los obispos en ese mismo documento: "hacer la vida humana más humana" (n. 38), se ha transformado en un "leit motiv" para la Iglesia contemporánea ("Redemptor Hominis", n. 13 y 14; "Laborem Exercens", n. 3).

El Papa Juan Pablo II parece haber asumido esta preocupación como uno de los temas dominantes de su preocupación pastoral. Es él también quien logró una formulación extraordinariamente densa y significativa de la importancia evangélica del trabajo por los derechos humanos, cuando expresó, en su primera y programática encíclica: "En realidad, ese profundo estupor respecto al valor y la dignidad del hombre se llama Evangelio, es decir, Buena Nueva. Se llama también cristianismo. Estr

estupor justifica la misión de la Iglesia en el mundo, incluso, y quizá aún más, en el mundo contemporáneo. Este estupor y al mismo tiempo persuasión y certeza que en su raíz profunda es la certeza de la fe, pero que de modo escondido y misterioso vivifica todo aspecto del humanismo auténtico, está estrechamente vinculado con Cristo. El determina su puesto, su -por así decirlo- particular derecho de ciudadanía en la historia del hombre y de la humanidad" ("Redemptor Hominis", n. 10). Meses antes, apenas de regreso al Vaticano tras su primera visita a la América Latina, el Papa había dicho: "Cristo nos enseña una sensibilidad particular hacia el hombre, hacia la dignidad de la persona humana, hacia la vida humana, hacia el espíritu y el cuerpo humano" (Catequesis del 21. II. 1979). Por eso, vale la pena detenerse brevemente a analizar el texto de la "Redemptor Hominis":

1) el humanismo, cuando es auténtico, se funda en una profunda convicción acerca del valor y la dignidad de "cada hombre", es decir, del hombre "real, concreto e histórico" (ibidem, n. 13);

2) esa convicción tiene su raíz en "la certeza de la fe", y puede llamarse Evangelio, es decir, anuncio de la Buena Noticia a cada persona;

3) puede llamarse también cristianismo, precisamente porque por el anuncio evangélico y por la radicalidad de su entrega, el Señor Jesús ha adquirido su posición y su "derecho de ciudadanía" entre los hombres;

4) por lo mismo, esa persuasión "justifica la misión de la Iglesia en el mundo", a lo largo de los tiempos; ya lo había proclamado el Papa León Magno, en una homilía de Navidad, al decir: "Conoce, oh cristiano, tu dignidad";

5) pero, con mayor fuerza, quizá por la mayor conciencia adquirida, pero también por la intensidad de las amenazas que actualmente agobian a vastos sectores de la humanidad, justifica la misión de la Iglesia "en el mundo contemporáneo" (ver "Redemptor Hominis", ns. 15-17).

III

Cuando la Conferencia de Santo Domingo es inminente, y la Iglesia latinoamericana debe asumir el desafío de la Nueva Evangelización, conviene "rumiar" éste texto y otros muy cercanos. Es probable que corresponda al Perú, país que ahora sufre extremadamente el virulento embate combinado de la violencia y de la miseria, transformar la rabia en indignación moral y en respuestas éticas y eficaces, profundamente entroncadas en la realidad, es decir, en el esfuerzo por construir una cultura de vida, solidaridad y paz.

No es posible ceder a la pretensión de abarcarlo todo. Pero es preciso enunciar, en forma breve y ojalá próxima a la concreción, algunas pistas

que permitan "hacer más humana" la vida personal y la convivencia social en nuestros países.

A) Corresponde al Estado promover una política que favorezca el desarrollo integral y solidario, de todo el hombre y de todos los hombres (ver "Populorum Progressio"), especialmente en el campo y en las zonas más trabadas por la pobreza. "Se trata del desarrollo de las personas y no solamente de la multiplicación de las cosas" ("Redemptor Hominis", n. 16). Por eso, sin descuidar la necesaria innovación tecnológica, hay que privilegiar el trabajo humano, y proponerse como meta el pleno empleo (ver "Laborem Exercens", n. 18).

B) Este esfuerzo de desarrollo debe realizarse "a escala humana", es decir, "de abajo hacia arriba", a partir de las necesidades y propuestas de los trabajadores y de las comunidades locales. Sólo así será posible la libertad.

C) Es imprescindible reforzar el tejido social de nuestros países, haciendo de la familia y de los "grupos intermedios" auténticas "comunidades de personas", que hagan posible una efectiva comunicación entre sus integrantes, y neutralicen los afanes absolutistas y sofocantes del estado autoritario, en cualquiera de sus versiones, y del mercado ultraliberal (ver "Centesimus Annus", n. 49).

D) Para ello, las distintas instancias de la sociedad civil deben propiciar el surgimiento y el fortalecimiento de estructuras de participación, corresponsabilidad, y solidaridad (ibidem, ns. 46 y 49). Particularmente, hay que fortalecer la solidaridad entre los pobres (ver "Sollicitudo Rei Socialis", n. 39), confirmando y actualizando el compromiso establecido en Medellín en favor de las organizaciones de base (II, Paz, n. 27), capaces de lograr la paz mediante una transformación autogenerada (ibidem, ns. 15, 18 y 19).

E) Asimismo, es necesario promover, en cada instancia y nivel, una "potenciación" de las múltiples capacidades y recursos de cada persona, comunidad y nación (ver "Sollicitudo Rei Socialis", n. 15; respecto a la noción clave de "sujeto", "Laborem Exercens", n. 6).

F) También hay que confirmar el compromiso de Puebla por una sociedad pluralista (ver IV Parte, cap. 3), dotada de múltiples centros efectivos de decisión, donde se parta del reconocimiento de las diversas culturas vivas, y se respete la multiplicidad y complementariedad de los enfoques.

G) Corresponde a la Iglesia y a los cristianos animar este gigantesco esfuerzo con la práctica cotidiana de la ternura y de la firmeza, de la paz y de la justicia, de la libertad y de la solidaridad, de la lealtad y de la verdad..., valores en los que se manifiesta el amor de Dios que nos ha sido comunicado por su Palabra encarnada (ver Juan 1, 16-17) y por la efusión de su Espíritu (ver Romanos 5, 5).